

El poder y el peligro de las palabras

TOMÁS MORENO

Hay palabras que no deberían pronunciarse nunca, palabras que parecen ser o son sin ambages una incitación a la limpieza étnica, clasista, ideológica y/o religiosa. Así comienzan eventos dramáticos y lamentables, que causan daño y sufrimientos irreparables: por las palabras y su poder «performativo», que al ser pronunciadas crean «realidad» o la anticipan. Víctor Klemperer, filólogo, catedrático de Lenguas Románicas en la Escuela Técnica Superior de Dresde –judío asimilado, casado con una mujer aria– ya nos alertó y apercibió en su famoso libro *‘Lingua Tertií Imperii’* (*‘La lengua del Tercer Reich’*), publicado después de la segunda guerra mundial, en 1947, de las consecuencias deletéreas y «eliminacionistas» que para el pueblo judío significó la creación de «nuevas palabras», que se convirtieron poco después en profecías o predicciones autocumplidas.

Cuando se dice y se desea que se produzca un «reemplazo» poblacional, se están poniendo y creando –tal vez sin quererlo, inconscientemente, por ignorancia– las bases o los peldaños para hacer desaparecer

de un «espacio urbano y social» –valgan los eufemismos– a un grupo considerable de ciudadanos, a un grupo social bien delimitado e identificado, por el mero hecho de pertenecer a una clase, creencia religiosa o posición política determinada. Se trata de la utilización de un vocablo inquietante que no es de recibo en un Estado constitucionalmente configurado como un Estado Social y Democrático de Derecho, pues amenaza con desplazar de sus asentamientos familiares, de trabajo o residenciales a un colectivo humano, a una gran cantidad de personas, por su modo de pensar o por sus creencias, al considerarlas «prescindibles» o «superfluas».

La amenaza de «deportaciones en masa» como condición necesaria y terapéutica para un «nuevo comienzo social», depurado de toda impureza e imperfección ideológico-política calificada de demoníaca, nociva o infame para los detentadores del poder y para el bien de una supuesta mayoría social, está presente en muchos documentos históricos y literarios que desembocaron, desgraciadamente, en graves tragedias

humanas de todo signo político, imperialista, totalitario o teocrático religioso (Platón, Rep. Lib Vi 540 3-541^a y también en ‘Leyes’).

Según Hannah Arendt (*‘Los orígenes del Totalitarismo’*), así comenzaron las deportaciones, persecuciones y liquidaciones de los judíos bajo el Tercer Reich, al considerar «superfluas» o «reemplazables» las vidas de un grupo de personas –millones de individuos humanos– al ser considerados «encarnaciones del mal», chivos expiatorios o seres subhumanos sin paliativos. Quiero creer que quienes han pronunciado esas palabras en algún mitin o reunión política enardecida, han usado ese «término» sin ser conscientes o sin saber bien la significación perversa que vocablos como esos pudiera tener o desencadenar en un inmediato o lejano futuro. Y es que, a veces, la ignorancia –como decía Sócrates– puede ser la causa y el origen del mal, de muchos males y tragedias. Evitémoslos, eligiendo bien y cuidando las palabras que pronunciamos, por higiene democrática y por compasión humana.